

Antonio Rivera (ed): *Naturaleza muerta. Usos del pasado en Euskadi después del terrorismo*. Zaragoza. Prensas Universitarias de Zaragoza. 2018, 236 pp.

El fin de ETA en 2011 ha abierto en Euskadi una nueva etapa de digestión de lo ocurrido y reflexión sobre sus causas y por qué. Son muchas las cuestiones que se desvelan tanto para la sociedad en su conjunto como para la política y las instituciones vascas, especialmente aquellas relativas a cuáles han sido las responsabilidades, por qué ha durado el tiempo que lo ha hecho y cómo se han articulado las diferentes respuestas –tanto sociales como políticas– en torno a este tema. Además, unido a ello, nos encontramos con el asunto de la memoria de lo ocurrido, cómo articularla y cómo integrarla en el propio relato histórico. Un proceso de cuestionamiento en el que los y las historiadoras pueden jugar un papel principal.

El debate sobre historia o memoria es un tema complejo, máxime en procesos de violencia política como es el que nos ocupa. La memoria tiene una naturaleza subjetiva y manipulable por la o el individuo que rememora, se rehace desde el presente y es influenciada por acontecimientos posteriores al hecho a recordar. Los documentos y soportes documentales en cambio pueden parecer de una naturaleza más objetiva y estática, puede parecer que nos relatan los hechos fácticos. Ahora bien, no siendo estas diferencias inciertas, no podemos olvidar que muchos procesos históricos se han podido reconstruir precisamente gracias a la memoria, y que es precisamente ésta la que nos desvela muchos matices y sutilezas que acaban componiendo un mosaico que de lo contrario estaría incompleto. Esta constatación ya se hizo tras el Holocausto de la Segunda Guerra Mundial. Ahí tenemos a Primo Levi, víctima de aquel horror, reivindicando la memoria de las víctimas al haber sido destruida una parte importante de la documentación de los Lager. También para el caso de la violencia terrorista en Euskadi la memoria constituye una fuente importante y rica para los y las historiadoras. Así, por ejemplo, ¿Cómo entender bien los mecanismos de la violencia de persecución que se despliega en los años 90 si no es a través de los relatos orales? Y es que los relatos nos ofrecen los entresijos de la amenaza dicha en privado, del gesto de desprecio, del vacío que la comunidad podía ir creando y que en última instancia acababa aislando a la víctima. Además, entrando ya en los

distintos paradigmas historiográficos que ponen el foco en diferentes elementos, el relato oral nos desvela por ejemplo emociones como el miedo y el modo de sobrepasarlo, la rabia contenida, la solidaridad del grupo, la soledad, elementos todos ellos que son de gran utilidad para hacer un estudio emocional sobre la violencia. En definitiva, la memoria puede completar y complementar información que no ha sido reflejada en los distintos soportes documentales, y ahí es donde la historia oral tiene mucho que aportar para reconstruir el pasado del terrorismo en Euskadi.

El libro *Naturaleza muerta. Usos del pasado en Euskadi después del terrorismo*, habla precisamente de ese pasado terrorista y de cómo abordar y gestionar su memoria y su historia, en un momento precisamente en que parece que se está asentando la obscuridad en la definición de conceptos, el intrusismo profesional de no-historiadores o la confusión sobre el fenómeno del terrorismo en muchos ámbitos sociales y políticos. Se aborda todo esto en este libro colectivo donde participan un elenco de expertos historiadores sobre esta cuestión.

Comienza el primer capítulo con las reflexiones del historiador Antonio Rivera sobre el papel del historiador o historiadora y el pasado reciente vasco –un pasado abierto y por tanto sometido al debate social–, de la complejidad de su tarea a la hora de ordenar relatos y experiencias en una narración que de llevar intrínseco el rigor científico. Rivera nos muestra los entresijos de la “batalla del relato” y del intrusismo en el campo de la historiografía, que puede llevar a la escritura de una “historia ponzoñosa”, al tiempo que propone algunas formas de huir de estas corrientes. Precisamente una de ellas es mirar la perspectiva de las víctimas y aportar conocimiento sobre su experiencia es una de ellas, ya que no solamente nos introduce en la dimensión moral del fenómeno sino que “las recupera (a las víctimas) para la condición humana y fuerza otra manera de ver las cosas”. Una forma de conocer su experiencia precisamente es a través de la fuente oral, haciendo las prevenciones pertinentes a este tipo de fuente. Asimismo se pone de relieve la función social del conocimiento de la experiencia de la víctima, tanto por su labor reparadora como por su labor profiláctica y de prevención a futuro. Rivera en definitiva, nos introduce en el tema del libro.

El historiador Luis Castells nos habla de las distintas formas de violencia y represión estatal ilícitas que ha venido experimentando el País Vasco desde 1936, un largo periodo cuyo conocimiento es muy desigual dependiendo de la etapa en la que nos centramos. Guerra civil y represión franquista constituyen ese binomio de desigual conocimiento y uso político en Euskadi, agravado por el carácter “militante” de muchos de los textos que tienen en la Historia su hilo conductor –pero no son históricos–. Aquí tiene el germen la idea de la teoría del “conflicto”, que tan bien se ha acomodado en los argumentos del nacionalismo legitimador –de una u otra manera– del terrorismo.

El papel de los y las historiadoras en el contexto postraumático es otro de los temas que se tratan. Navegar por conceptos banalizadores de la violencia como el de “conflicto vasco” que proporcionan marcos interpretativos de este fenómeno es uno de los retos, toda vez que este término divide a la intelectualidad y la posiciona entre “nacionalistas vascos o españoles”. La normalización del relato del “conflicto” precisamente ha marcado la relación de estos historiadores con las instituciones vascas, y marcan en la actualidad la narrativa nacional vasca. Los historiadores Joseba Louzao y Fernando Molina, autores de este análisis, dan buenos ejemplos de todo este proceso.

Cómo abordar desde la memoria este pasado traumático es otra de las dimensiones a tener en cuenta. En esta dimensión sin duda entran las víctimas. Una comprensión completa sobre el fenómeno del terrorismo no puede basarse sólo en el análisis de las dinámicas internas de la banda o las formas de actuación de las fuerzas de seguridad ante esta cuestión. La subjetividad y la experiencia vivida de aquel fenómeno, así como el modo en que se ha incorporado, tanto individual como colectivamente ha de ser tenida en cuenta a la hora de reconstruir este pasado. Una mirada que probablemente no coincida con la de la o el historiador, cuya labor ha de observar una distancia con esa visión. Sin duda la longitud de tal distancia es un tema complejo, como bien apuntan los historiadores José Antonio Pérez y Víctor Aparicio.

Las víctimas ocupan otro capítulo de este libro, y es precisamente por la centralidad que ocupan en el relato. Un debate no nuevo, sino que ya se planteó tras los horrores del Holocausto, por ejemplo por autores como el historiador Tzvetan Todorov. Raúl López nos muestra todo ese recorrido y planteamientos desde los años 50, y finaliza reflexionando sobre la pertinencia y necesidad de que un Memorial de Víctimas cuente con la presencia de historiadores, tal como es el caso del centro Para la Memoria de las Víctimas del Terrorismo de Vitoria-Gasteiz.

Cuando hablamos de relatos, podemos observar que ha existido un afán por parte de algunos historiadores por crear una diacronía histórica entre 1936 y el surgimiento de ETA, estableciendo así una suerte de causa-consecuencia con ambos hechos. Esta visión ha influenciado en uno de los relatos que sobre la violencia terrorista en Euskadi se han construido, el relato del nacionalismo vasco. Según el mismo, la guerra civil del 36 y la posterior represión serían la causa del surgimiento de ETA en los años 1960. Para poder contrastar tal afirmación, y aportando datos clarificadores, los historiadores Javier Gómez y Erik Zubiaga exploran los mecanismos represivos en Euskadi después de 1936, y concluyen que tal represión –hiperbolizada en gran medida– no influyó sobremanera en el surgimiento de ETA, sino que serían otros los elementos explicativos.

El historiador Gaizka Fernández por su parte pone sobre la mesa las corrientes que a día de hoy tratan de explicar el surgimiento de ETA, y así, viene a resaltar la larga sombra de Sabino Arana, fundador del PNV y creador de una forma de entender la historia de Euskadi. Esta forma ha influido en numerosas personas que, desde el entorno del nacionalismo vasco radical han establecido una línea continua entre los *gudaris* de la Guerra Civil –los soldados que lucharon en la contienda– y los miembros de ETA. Como bien señala este autor “Arana no solo puso el pasado del País Vasco al servicio de su causa, sino que también ejerció de modelo e inspirador de la prolífica literatura histórica que posteriormente escribieron sus herederos” (p. 183). Una literatura por cierto que ha servido para legitimar, de alguna u otra forma, la violencia terrorista.

Los crímenes de ETA marcaron el nacimiento de la nueva democracia en Euskadi, también el de su Estatuto de Autonomía. El historiador José María Portillo ambienta aquel momento de 1979, cuando se estaba redactando el actual Estatuto Vasco y ETA asesinaba casi a diario, y pone de relieve el hecho singular de que los derechos históricos se integraran en la Constitución Española de 1978, consagrando así un elemento histórico en un hecho constitucional. Portillo pone sobre el escenario los actores que en aquel proceso intervinieron, analiza la fuerza que tuvo el nacionalismo vasco (tanto el moderado como el radical) en bascular la balanza en aquellas negociaciones, y expone finalmente el modo en que en aquel momento la Historia

se manipuló por parte de algunos para sus objetivos –marcando por cierto un camino que muchos seguirían después–.

Estamos por tanto ante un libro con un amplio elenco analítico sobre los diferentes prismas de la violencia terrorista de ETA; sobre su historia, sus orígenes y las subjetividades que creó; sobre los modos posibles de abordarla desde la actualidad; y sobre las tareas de los y las historiadoras ante este fenómeno. Un trabajo sin duda imprescindible ahora que el proceso de digestión colectiva del terrorismo está en pleno apogeo y que nuevos interrogantes en búsqueda de respuesta van emergiendo.

Sara Hidalgo García de Orellán

*(Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea)*